

BIBLIOTECA TAURINA K. CH.



APUNTES NECROLÓGICO-BIOGRÁFICOS
DE LOS

ESPADAS, BANDERILLEROS

Y PICADORES

MUERTOS EN LAS PLAZAS DE TOROS

*y de los fallecidos por consecuencia de cojidas
desde 1771 hasta la época actual.*

Tomo II.-2 Reales



MADRID

Fernando Fé (librero), C. de S. Gerónimo 2

SEVILLA

Juan Antonio Fé,
Sierpes 91.

CÓRDOBA

R. Molina León,
Gondomar 1, dup.

1897

Los derechos de propiedad de esta
BIBLIOTECA, son reservados de sus
fundadores.

Queda hecho el depósito que de-
termina la Ley de propiedad literaria
de 10 de Enero de 1879.

R. 1132800

José Videgari González



Isidro G. Quintana.



AL EXCMO. SR.

Don José Ramón de Hoces,

Duque de Fernandina, dedica este libro
como testimonio de respetuoso afecto y admiración
más profunda hacia tan inteligentísimo aficionado,
S. S., q. l. h. l. m.

El Autor.

Isidro G. Quintana.

EMILIO TORO FERRERIA K. CR. T.

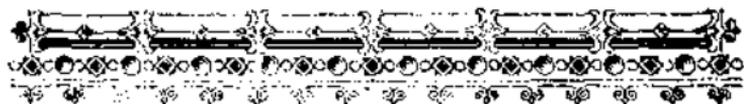


Manuel Martínez (Manene)

Nació el 14 de Junio de 1859.

† 28 de Diciembre de 1888.





PRÓLOGO

Juicio crítico de la Fiesta de Toros

SEGÚN DON F. G. DE BEDOYA

en su «Historia del Toreo.»

«Ninguna de cuantas invenciones se deben á los hombres, ha tenido más enemigos que las funciones de toros: y ninguna ha sido más combatida en el ventajoso terreno que ofrecia la preocupación dominante en la época de la regeneración de estas fiestas, y ninguna, por último, ha sufrido más ataques por las distintas causas de que se le suponía origen, que la diversión conocida por *Fiesta de toros*. Esto no obstante, continuó mereciendo cada día

más aceptación entre muchas ó la mayor parte de las personas que componían el público imparcial, y las que se aparecían interesadas en su destrucción en vista de lo que se ocupaban en desacreditarla, nada pudieron conseguir relativamente al objeto que se proponían. Para que así sucediese había una razón fundada, y era la apropiación que el pueblo practicaba, de una fiesta privativa hasta entonces de los más ilustres y esclarecidos vástagos de la nobleza castellana. Interesados estos en que sus funciones no fuesen profanadas por los que debían su nacimiento á cunas menos elevadas, debióseles ocurrir este medio de intriga para privar á aquellos de la facultad que se abrogaban; mas ni por eso pudieron conseguirlo: el público lo comprendió de distinto modo, y en valde empleaban todos los medios que al descrédito de la diversión tendían. Así se explica la opinión pública cuando se pretende hacerla variar del rumbo que ella misma se traza. Posteriormente se quiso interesar á cierta clase de la sociedad para conseguir la destrucción de las fiestas, y uniéndose á la intriga de los

nobles el celo de los eclesiásticos, pudo hacerse que á título de piedad religiosa se prohibiesen por el monarca tales espectáculos, y fundándose esta disposición en que las consecuencias de aquellas eran de todo punto funestas. También se imponía entre otros castigos los de negar el entierramiento de la víctima que resultase, en lugar sagrado y, otras de nó menos importancia para el concepto de nuestros principios religiosos. Al fin produjo sus efectos semejantes determinaciones, y como se abstuviesen los pecheros de continuar en la practicación de estas funciones, volvieron los nobles á apoderarse de ellas, haciéndolas objeto del más frecuente pasatiempo. Conocióse después por la plebe todo lo que la nobleza habia trabajado por separarlos de aquella diversión, y como denotase síntomas de abrazarla segunda vez y adoptarla como propia, pareció muy prudente en semejantes circunstancias apelar á una capitulación honrosa, que sin duda debió la plebe proponer, por cuanto fueron los que de ella sacaron el peor partido.

La nobleza alanceaba toros á caballo, y

concluído este primer período de la lucha, los del pueblo se precipitaban á torearla pié á tierra, sin órden ni inteligencia, por lo cual resultaba la más horrorosa confusión. De este modo continuaron las fiestas hasta que fueron abandonadas por la grandeza de España, en cuyo caso los del pueblo se apoderaron completamente de ella para manejarla á su placer.

Hasta aquí la primer regeneración de la lidia de reses bravas: ocupémonos de su segunda época ...

A consecuencia de la retirada que la nobleza ejecutó, procedióse por la plebe á regularizar la diversión á su antojo, sin que por algún tiempo consiguieran progresos en ella, hasta la aparición de Francisco Romero y Joaquin Rodríguez, *Costillares*, en cuya época ya se vieron con la mayor perfección....»



Sobre las cojidas de los lidiadores de á pié y de á caballo

Veán nuestros lectores la forma en que el Sr. Bedoya defiende el espectáculo taurino, colocando éste en su verdadero terreno y dándoles un solemne mentís á los que califican esta diversión de bárbara y bestial, para cuyos fines se han valido en todos tiempos y aun hoy día no los escasean, de los medios más reprobados; pero, digámoslo con orgullo: los detractores de las Corridas de toros, lejos de conseguir su objeto, sus lamentaciones han sido escuchadas con la mayor indiferencia.

Dejemos hablar al renombrado escritor taurino Sr. Bedoya:

«Es probado que el toreo tiene establecidas sus reglas generales, las cuales fielmente observadas por los diestros que se ocupan en la lida, son capaces de librar en todas ocasiones de cuantos peligros ocasione á aquellos, siempre que no padezcan distracción ni se separen de los principios que las mismas reglas establecen: al mismo

tiempo cuenta el ARTE DE TOREAR con todos los medios de defensa que se pueden exigir para precaver una desgracia; de modo que tales recursos alejan toda idea de barbaridad respecto al espectáculo, pues de ningún modo se entregan los lidiadores á ser sacrificados, sino á precaverse de la fiereza de las reses, con los auxilios que le proporciona su agilidad y el arte. A los que de tal modo proceden y á la profesión que ejercen, así como á la diversión que por ellos se sostiene, ¿pueden llamarse estúpidos ni bárbaros? Creemos que no; y si el público les dá tal título, no lo consideramos autorizado para ello, y así nos lo demuestra la experiencia. Consúltense si nó las desgracias ocurridas en cualquiera otra profesión de las consideradas como menos peligrosas y en las de lidiadores, y véase como es notable la diferencia que entre éste y aquéllos existe. Pero ni por ese resultado se confiesa que la diversión deja de ser bárbara en todas sus partes. No negamos que lo fué en su creación, y cuando en sus primeros tiempos se lanzaban á este género de luchas varios hombres que care-

éían de todo conocimiento sobre los recursos para eludir el peligro, pero después de buscados los medios de defensa, y adquiridos hasta el punto que se ha conseguido por medio de las suertes inventadas, no podemos admitir esa calificación que algunos le dan injustamente. Tampoco defenderemos el absurdo de que en la lidia, existe para los diestros una completa seguridad; esto sería, aunque en contrario sentido, tan erróneo como la idea que del toreo tienen formada los que lo consideran como una de las profesiones más bárbaras y atroces, atendiendo á su exposición; mucho podríamos decir en obsequio al juicio que nos ocupa, y corroborarlo con infinitos sucesos que acreditarían más y más al espíritu y habilidad que brilla en las fiestas de toros, tan distante de la barbaridad que se le atribuye, por un efecto sin duda de preocupación. No falta quien asegure que esta sola diversión prueba hasta la evidencia, nuestro estado de civilización, que gradúan con notable atraso de la de otros países casi nuestros vecinos. Tampoco negaremos que esta opinión esté completa-

mente desprovista de verdad, pero sí que se comprenda por la afición que conservamos á este género de espectáculos y no por otras causas más de primer orden y de mayor entidad. Los que así opinen pueden tener presente nuestros adelantos en ciencias y artes, pero de ningún modo en esta simple diversión en que no se prueba otra cosa que mucho exceso de valor, hasta que no llega el que á torero se dedica, al estado de seguridad que por la práctica adquiere; y en cuando en esta se halla, ¿se permite nadie exponerse con reses que lo sacrificuen? No: aprenden en los establecimientos llamados *mataderos*, libres de ese gran riesgo que constituye la barbaridad que se supone.

En vista de lo expuesto, debemos asegurar, que la profesión de lidiador no es bárbara, así como tampoco lo es la diversión en general, como la experiencia nos lo tiene demostrado tantas y tantas veces. Dígase que no es ejercicio para el que carezca de agilidad y firmeza en sus movimientos, y convendremos; pero no se le dé un título que rechaza el sentido común.

No queremos concluir este juicio sin consignar, que la perfección con que algunos diestros de este siglo han ejecutado las suertes de la lidia, ha producido que aún después de pasada la época de sus facultades, los hayamos visto sin grave exposición, ocupados en el mismo ejercicio, consiguiendo por ello particulares triunfos del público que los ha visto luchar casi incapacitados y con la sola defensa de sus muchos conocimientos y la habitualidad que la práctica les dió en sus florecientes edades. Esta es la verdad, explanada con la franqueza que nos es propia, que ningún temor haya producido en nosotros la mínima coacción. Pensamos así, porque encontramos razones para ello, fundadas todas en el más sensato raciocinio.*

*Una sola enmienda reclama el estado actual de estas fiestas, que versa sobre los toreros de á caballo, y esta consiste en cuidar de que aquellos sean provistos de animales á propósito, y no sobrados de vigor, ni escasos de poder: en uno y otro caso puede ser muy perjudicial al picador, porque

en el primer extremo, será posible que esta circunstancia comprometa al diestro en ocasiones dadas en que no le sea posible sujetarle, ni dominar su vigor, y en el segundo porque lo abandone en el mayor peligro por carecer de la robustez indispensable para sufrir los violentos choques del enemigo con quien se lucha. Pero una vez regularizado esto, no comprendemos más perfección en este género de funciones. Tal es nuestro parecer.»

Respecto á los toreros de á pié ya hemos propuesto por nuestra parte en el periódico la adopción de medios de urgente necesidad y de aplicación inmediata, que tiendan á evitar en lo posible la repetición de desgracias, entre lidiadores que sin poseer los conocimientos precisos se lanzan al palenque taurino con una decisión rayana en osadía.

Nos referimos, pues, al establecimiento de *Escuelas prácticas del toreo*, en todas aquellas capitales de Andalucía, que reúnan condiciones para ello; y en la adopción al mismo tiempo por las Autoridades, de

medidas que tiendan á prohibir tomen parte en las novilladas jóvenes desconocidos para la afición. que con lamentable frecuencia vemos hoy lanzarse á los Círcos y figurar en cuadrillas á ciencia y paciencia de todos cuantos están llamados á evitarlo. dando lugar con ello á ese cúmulo de vicisitudes con que de poco tiempo á esta parte vienen sucediéndose. con las que hallan armas poderosas los detractores del espectáculo taurino, y ocasión para redoblar sus ataques y extremar sus sensiblerías.





Aclaraciones

Al anunciar en la prensa hace algunos meses la publicación de estos APUNTES NE-CROLÓGICO-BIOGRÁFICOS, cuyo original tenía terminado desde 1895, bien ageno estaba de que en ellos habían de figurar los nombres de los infortunados *Pabrilo* y *Peterete*.

Tarea harto difícil ha sido la de aportar todos los antecedentes, datos y noticias para detallar con exactitud de nombres y fechas, las desgracias ocurridas en los Cir-cos taurinos, desde la ocurrida en 1771 en la plaza de toros del Puerto de Santa Ma-ría, de la que fué víctima José Cándido, de Chiclana.

Mas que al asíduo trabajo de un aficio-nado creerán ver algunos en este libro el

de un impugnador á las Corridas de toros, al verlo retratado por el lado más sensible y desnudo de sus galas y atractivos. Pruebas tengo dadas de mi ferviente entusiasmo á nuestra clásica *Fiesta de toros*, y poco me arredra sospechen lo que quieran los *profanos* en asuntos taurinos á cuyas manos lleguen éstos APUNTES.

Dolorosa impresión producirá en los lectores al repasar las páginas de este libro y ver la descripción de tanta tragedia, cuyo desarrollo tuvo efecto en el mismo campo que durante muchos años fuera teatro de los triunfos de las víctimas. Más con ser tantas las muertes de lidiadores ocasionadas por los toros, no alcanza ni con mucho á la cifra que en la fantasía de algunos se hacía ascender, como en distintas ocasiones tuve necesidad de demostrar en discusiones suscitadas entre aficionados y amigos.

Esta y no otra ha sido la causa de dar á la publicidad el presente trabajo, que no dudo será bien acogido por los aficionados, lo cual me hará no desmayar en la tarea que me he impuesto con la publicación de esta **Biblioteca Taurina**, en cuyos tomos he

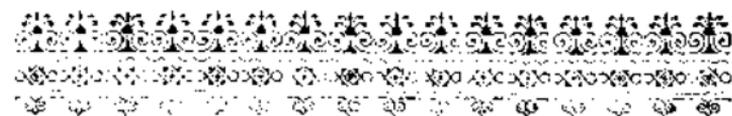
de ir dando á luz infinidad de documentos taurinos antiguos de gran curiosidad histórica, en su mayoría inéditos, y casi todos desconocidos para los aficionados.



No terminaré estas aclaraciones sin expresar mi más profundo agradecimiento al ilustre escritor y laureado literato señor D. FRANCISCO DE BORJA PAVÓN, cronista de Córdoba, por su benevolencia al facilitarme diferentes libros de su Biblioteca, en los que he encontrado un rico tesoro de documentos taurinos de la mayor antigüedad y de inapreciable valor.

A continuación transcribo uno de estos interesantes manuscritos, por creerlo muy apropiado al asunto de este trabajo, pues en él se detalla la cogida y muerte de un célebre caballero cordobés, gran *alanceador* de toros, cuyo desgraciado suceso acaeció muchos años antes de la muerte de José Cándido, de Chiclana, primero que hasta hoy se tenía noticia como víctima inmolada por la furia de los toros.

Hé aquí el documento en cuestión, copiado al pié de la letra:



DON DIEGO DE LOS RÍOS

(DON DIEGAZO)

— — — SU COGIDA Y MUERTE — — —

SIGLO XVI)

«Don Diego de los Ríos, era conocido en Córdoba por *Don Diegazo*, á causa de ser muy alto. Dice la tradición, que en el último tercio del siglo XVI dispuso la Ciudad hacer unas funciones de toros, encargando su dirección á D. Diego, quien escogió el Campo Santo de los Mártires para celebrar aquéllas; preparose el terreno, y gran número de carpinteros empezaron á formar los andamios, cuando una tarde pasó aquel á presenciar los trabajos, probando á la vez los caballos que habían de presentarse en la lidia.

Súpolo Ambrosio de Morales, acogido ya en el Hospital de San Sebastián, y en seguida se le acercó á dicho caballero rogándole desistiese de la idea de dar semejante espectáculo en el lugar donde habían sido sacrificados muchos de los mártires de Córdoba: recibida la queja con desdén, siguió la *prueba de caballos*, y una vez terminada invitó *Don Diegazo* á sus amigos á que lo acompañasen al Matadero, con el fin de ver el ganado. Llegaron á tiempo que un toro, negro y muy bravo, derribaba á uno de los hombres encargados de la custodia de las reses, y queriendo D. Diego evitar una desgracia se lanzó sobre el toro con su caballo, dándole un gran golpe de palo en el testúz, lo que lejos de intimidarle arremetió el bicho al caballero, dándole una cornada por cerca del tobillo derecho, rasgándole hasta cerca de la mitad del muslo.

Con tan grave herida, recogieron á don Diego de los Ríos, lo llevaron á su casa, llamaron al doctor Calderón, uno de los médicos de más fama que en aquel tiempo había en Córdoba, quien dijo á la familia

que la herida era mortal de necesidad y no había esperanza de salvación: diagnóstico que se cumplió á los dos días.»

La tradición guarda silencio en lo referente á si la corrida llegó á verificarse ó si ésta fué suspendida con motivo de la desgracia ocurrida al caballero encargado de la organización de la fiesta.

Urdaro G. Quintana.





NECROLOGIA



Espadas, Picadores y Banderilleros

MUERTOS Á CONSECUENCIA DE COJIDAS

ESPADAS

(1771 Á 1897)

José Cándido (de Chiclana)

Del diestro con cuyo nombre encabezamos estas líneas son muy escasos los datos biográficos que existen. A continuación transcribimos un romance con los detalles de su cogida y muerte; es el primer documento de que se tiene noticia referente á cogidas de diestros, pues está fuera de duda de que José Cándido fué el primer lidiador muerto de resultas de cogida.

*... que me autor es
D - Juan que tirarme.*

ROMANCE ANTIGUO

(FRAGMENTO)

De la desgraciada muerte que tuvo el atamado
matador JOSEPH CÁNDIDO, de Chictuna.

«Y pues discreto auditorio,
fuerza es que la pluma tome
segunda vez para dar
gusto á vuestras atenciones.
finalizar esta obra
quiero, pues me corresponde
de obligación el serviros,
que el silencio se me otorgue
y que en la ocasión presente
consideréis corazones
los que más empedernidos
hasta aquí cual duro bronce,
le habrá hecho sentimiento
la fuerza de tantos golpes
y raudal de tiernos llantos,
mares de lágrimas broten
y entristecidos los ojos
que tantos gustos causóles

Joseph Cándido al mirarles
como Gerineldo el joven
que sin vida eterna yace
en funestos panteones,
pues por librar á Barrancos
la vida precipitóse:
y fué el caso que al proviso
que el toro la vida pone
en el dicho Juan, le parte,
y él, buscando amparo, corre
para los andamios, cuando
Cándido, que reconoce
su perdición, animoso
quiso ampararlo, y entonces
sobre él cargó y huyendo
pisó los rojos humores
de un caballo y resbaló,
y dió tan tremendo golpe,
que sin sentido en el suelo
se quedó, y el toro sobre
el infeliz pasa y carga
por encima y revolvióse
tan liberal, que no hubo
quien se lo impida ni estorbe:
lo entrecojó y á su sabor
lo pasó por los riñones,
y atravesándole un muslo
con él colgado quedóse,

trifutado de aquel que fué
vencedor de vencedores.

Luego de allí lo llevaron
á una casa y preparóse
con lo mejor que se pudo,
en tanto que de trasporte
vino un Médico de Cádiz
que por él despacho un hote
Melchor Conde, y fué curado
de los más sábios Doctores:
más fué todo lo posible
imposible y nada acorde,
que en manos de Jesucristo
dió á la una de la noche
su espíritu encomendado
por dos sagrados varones
Religiosos Franciscanos,
poniéndole de su Orden
Hábito y Cordon divino
para que con él se honre.
Dexo de contar ahora
los pesares y dolores,
los sentimientos, las quexas,
las congoxas y aflicciones
que su desdichada esposa
tuvo á pesar tan disforme,
pues llegar á verla era

para quebrar corazones:
ni en lo que paro la fiesta
de toros, solo me reste
de decir que todo fué
como ovexas sin pastores,
como vasallos sin Rey
ó como estrella sin Norte.

Este es el fin desgraciado
y bien trágicos errores
que Joseph Cándido tuvo
entre la una y las doce
de la noche, el mismo día
de San Juan, que dará nombre
de tal hombre á las edades
por eternas dilaciones.
Y tú, pues, ciudad famosa,
aplaudida por el orbe,
Puerto de Santa Maria,
sientes con tus moradores
tan fatal desgracia, al paso
de que tú te vanaglories
de tener en tu recinto
sepultado á quien conoce
quien para tierna memoria
será blason de blasones;
y tú, pues, heróica Villa
de Chiclana, siente pobre

á quien con tantas mercedes
te hizo tantos favores.
Lloren tus hijos y todos
cuantos son y se conocen
por amigo de un amigo
que fué de todos tan noble:
sientan tan fatal desgracia,
pidiendo en sus oraciones
que en las eternas delicias
Dios á su alma corone
de gloriosísimos triunfos,
paz y gracia en esta vida
para que la eterna goce.»

El toro asesino fué el sexto de los lidiados en el Puerto de Santa María el 23 de Junio de 1771, grande, cárdeno, y de alta cuerna; dió que hacer á los picadores; en una de las varas se vió perseguido Juan Barranco; interpónese Cándido, resbala en la sangre de un caballo muerto y queda sin sentido por la violencia del golpe, Revuélvese el toro y engancha al diestro por los riñones, pasándoselo de uno al otro pitón, despidiéndolo por último á larga distancia. Recogido por sus compañeros fué conduci-

do á la *enfermia* (p) de la Plaza donde no habia ni medico ni practicantes que lo curaran, y lo que es más extraño aún, ni en la población tampoco pudieron encontrar facultativo alguno, por lo que fué preciso despachar un bote á Cádiz con este objeto. Más preciso es reconocerlo: todos los recursos de la ciencia, aun en los primeros momentos, hubieran sido inútiles, pues las heridas eran mortales de necesidad.

José Cándido dejó al morir un hijo de 11 añ s. que heredó su nombre y hacienda, y que con el tiempo ocupó un lugar de los más distinguidos en la tauromaquia haciéndose célebre, bajo el nombre de Jerónimo José Cándido.





José Delgado Guerra (PEPE-ILLO)

En uno de los primeros días de Mayo (1801) anunciaron los cartelillos que por las esquinas de Madrid solían colocarse, la fiesta que se verificaría el lunes 11 de aquel mes, célebre más tarde en los anales del toreo por el sangriento drama que en ella iba á tener lugar.

Llegó por fin el lunes 11 de Mayo; el día amaneció hermoso, despejada la atmósfera y limpio el cielo de nubes, siendo por tal motivo numerosa la concurrencia que asistió á la corrida de la mañana, en la cual mataron José Delgado y Juan Rome-

ro, no tomando parte en la lidia *Costilares*, apesar de estar anunciado.

En aquella función de la mañana en que se corrieron reses de Gljón y Briseño, Pepe-Illo fué enganchado por una pierna, ocasionándole el toro un leve rasguño y una ligera contusión de la cual se resentía no poco en todo el día.

*
*
*

La corrida de la tarde prometia ser tan distraída y gustosa para el público como lo fué la de la mañana. A las cuatro todas las localidades se hallaban ocupadas; el corregidor había tomado asiento en la presidencia y después de las ceremonias que entonces eran de costumbre, habían salido las dos cuadrillas; en los tendidos bullía alborozada la *manolera*, en los balcones y preferencias las damas y los caballeros charlaban y reían, agitando pañuelos y abanicos, y la plaza toda presentaba ese aspecto imposible de describir, nota la más característica de las fiestas de toros.

Sin que ocurriera incidente alguno notable, lidiáronse los seis primeros toros, muriendo tres de ellos á manos de Pepe-Illo

y los otros tres á las de Juan Romero, que también era excelente lidiador y muy amigo del diestro sevillano, de quien había recibido lecciones y la alternativa de matador algunos años antes.

Abrióse por último el chiquero y apareció en la arena el séptimo bicho de la tarde, cuyo nombre iba á ser de inolvidable memoria para los aficionados del toreo. Se llamaba *Barbudo* y era animal grande, pesado, basto, de pelo negro y de astas muy crecidas y abiertas.

Barbudo corrió el redondel en varias direcciones hasta que salióle al encuentro Pepe-Ilo, quien le paró con su capa, haciendo algunas suertes con limpieza, pero que no resultaron muy lucidas, pues el toro era cobarde y no se prestaba gran cosa. Estaban en tanda Cristóbal Ortiz y *Colchoncillo*, dos buenos jinetes y muy aplaudidos varilargueros, quienes con no poco trabajo dieron á la res varios puyazos sin que ninguno de los caballos que montaban fueran heridos, aunque el último de los picadores sufrió una regular caída, por la que tuvo que sustituirle Juan Lopez. Ha-

ciase la lidia algo pesada por las malas condiciones de *Barbudo* y cuando Antonio de los Santos, Jaramillo y Diaz clavaron cuatro pares de rehiletos aplaudióle con alborozo el público que deseaba ya ver el arrastre de un toro tan cobarde y de tan escaso poder como aquel lo era.

Todavía sonaban los aplausos cuando José Delgado, que lucía aquella tarde un traje verde con adornos de seda negra, se dirigió á su enemigo y desplegó el rojo trapo ante sus ojos. Era la última vez que Pepe-Illó iba á ejecutar aquella faena; la vida del diestro tocaba á su último instante; los espectadores que ocupaban la plaza iban á presenciar una escena horrorosa.

* * *

Siempre que el matador se coloca delante de la res para darle muerte ocurre una cosa bien particular: los mil ruidos de la muchedumbre cesan repentinamente, todas las voces callan, todos los que asisten á la lidia permanecen quietos y todos los ojos se fijan en un mismo punto. Así pasó entonces: el circo estaba mudo; los banderilleros se habían colocado á cierta distan-

cia del matador, los alguaciles, picadores y mozos ocupaban sus puestos convenientes y por un breve rato solo se escuchaban en aquel lugar los fuertes resoplidos del animal y el choque seco de los palos que adornaban su morrillo cuando se revolvía ostigado por la muleta. Delgado solo empleó dos pases naturales y uno de pecho, quedando después de este último el lidiador lejos de la barrera, contra la cual le había encerrado el toro en el primer pase. Acercóse luego la res hácia la derecha del chiquero, quedando con la cabeza junto á las tablas, escarbando la menuda a ena, agitando lentamente la cola y lanzando al aire estridentes bramidos. Pepe-Illo se acercó poco á poco con el cuerpo inclinado hácia adelante, la muleta baja y la mirada atenta: el toro estaba inmóvil. Delgado se irguió de pronto y con la rapidez del rayo cayó sobre *Barbudo* introduciéndole el acero hasta la mitad resbalando por bajo la dura piel del bicho. Alzó éste la cabeza al mismo tiempo, cogió al lidiador por la pierna y tirando un violento derrote lo arrojó á su espalda, quedando Pepe-Illo

con los brazos abiertos en la arena y cual si del golpe hubiera perdido el sentido. Volvióse el toro inmediatamente y arremató con horrible furor al infeliz Delgado, que un instante después apareció ante los ojos de la muchedumbre suspendido por el cuerno izquierdo que le había atravesado el estómago.

Del pecho de todos los espectadores se había escapado á la par un grito aterrador, indescriptible... luego hubo un segundo de silencio y cuando *Barbudo* corrió un trozo de terreno llevando sobre su cabeza á *Pepe-Ilo* que con los miembros destrozados y en las ansias de la muerte pugnaba por desahucarse del asta; mil exclamaciones salieron de todos los labios y se produjo la más espantosa confusión que jamás se había visto en la plaza de toros.

Un nuevo derrote del animal despidió lejos el cuerpo descoyuntado y ya exánime del temerario espada, y cuando quizá iba á ser recojido de nuevo por la fiera llegó hasta ella el picador Juan López, que garrocha en ristre, consiguió distraer su atención y llevarlo al otro lado del redondel.

No pasó más; todo duró breves minutos; los banderilleros intentaron llevarse á *Barbudo*, se acercaron al sitio donde yacía Pepe-Illo y entre varios lo recogieron y con gran prisa entraron con él por el callejón y lo condujeron á la enfermería dejándolo en un humilde lecho. ¡Qué aspecto el que tenía allí Delgado! El mozo arrogante, rebosando vida y alegría, era un montón informe que excitaba la compasión y producía repugnancia; su traje estaba roto en girones; había perdido la redecilla y los cabellos largos y espesos caían sobre sus hombros y le tapaban los párpados; el pecho era una mancha oscura de sangre que salía á borbotones por entre la destrozada camisa y los bordados del chaleco; en el rostro livido veíanse grandes contusiones; los ojos casi cerrados estaban con las pupilas inmóviles y sin brillo; no se quejaba, pero de sus cárdenos labios salía un exterior angustioso.... El médico y los practicantes intentaron hacer la primera cura; un sacerdote llamado á toda prisa dió al moribundo la Extrema Unción y á los diez minutos un ligero estremecimiento del

cuerpo, que todos notaron, indicó que el alma de Pepe-Ilo había pasado á la eternidad.

Entre tanto la plaza habia quedado casi desierta, los espectadores dejaron sus localidades y salieron á la calle, muchas damas sufrieron desmayos y sínco pes, la confusión se hizo general y la corrida se dió por concluida.

Pero *Barbudo* estaba aún en la arena y era preciso acabar con él. José Romero se armó de muleta y espada, buscó á la fiera y después de algunos pases que creyó necesarios, dió dos estocadas que hicieron á la res caer para siempre en tierra.

Romero entonces acompañado de Antonio de los Santos, predilecto discípulo de Pepe-Ilo y de los demás lidiadores, se dirigió con precipitación á la capilla donde el cuerpo del infeliz Delgado yacía sin vida.

* * *

La noticia de la catástrofe corría rápidamente por Madrid produciendo honda sensación en toda parte donde se sabía. De la corte se extendió á los pueblos más cerca-



nos y de allí á todas las capitales de España. Grande efecto cedió producir la muerte del diestro, pues llegaron á un número bastante crecido las relaciones, cartas y composiciones poéticas que se dedicaron al trágico suceso. En Barcelona se dió á luz un curioso folleto escrito por un testigo presencial; en Córdoba se imprimió un curioso y largo romance y en Madrid, Sevilla, Cádiz, Carmona y otros puntos de Andalucía, se publicaron diversos grabados, aleluyas, retratos y alegorías que actualmente son en extremo curiosas y raras.

El entierro del infortunado Pepe-Ilo se verificó en la mañana del siguiente día de la cogida 12 de Mayo, en el que según el notable escritor D. José de la Tijera, la compasión que inspiró «se renovó por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital general en que estaba depositado el cadáver, hasta la parroquia de San Ginés, en que fué sepultado y conducido con laudable y edificante profusión dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero Antonio de los Santos.

Entre las innumerables poesías que dedicaron á José Delgado, después de su muerte, copiamos las siguientes:

I

Aquí yace, mortales, quien venciendo
Del feroz bruto la violenta saña,
Triunfó mil veces con destreza extraña
Victores repetidos consiguiendo:
Murió por fin, al golpe más tremendo,
Que en su cerco gentil miró la España,
Y aún viéndolo discurre que se engaña,
Y que no escucha el popular estruendo:
Vosotros, lidiadores, que animados
De aplausos necios, é intereses pocos,
A igual riesgo correis precipitados;
Dejad en el momento de ser locos,
Conociendo en tan trágica experiencia,
Que no hay arte á frecuente contingencia.

II

Aquel valiente toreador, que el pueblo
Aclamó justamente veces tantas,
A cuyo brazo diestro, é invencible,
Despojos abortó Tajo y Jarama;
Aquel, que á la cerviz más fulminante
De Jijón, Colmenar y Guadarrama,

Vió rendida à sus piés, los que gloriosos
En raudales de púrpura pisaba,
Yace al golpe fatal de armada testa:
No el miedo lo causó, si la desgracia:
Que si del gran Romero la fortuna
Pepe-Ilo el animoso, disfrutara,
Ni la fama de aquel fuera tan una,
Ni éste en la sepultura se mirara,



Pasajero, aqui yace sepultado
Aquel famoso *Ilo*, aquel torero,
Que habiendo sido siempre celebrado,
Tuvo al fin desgraciado paradero:
Detén el paso; miralo postrado,
No celebres su orgullo lisonjero;
Pues toda gloria vana desfallece
Y el que busca el peligro, en él perece.





Francisco Herrera (CURRO GUILLEN)

Fecha de triste recuerdo en los anales de la tauromaquia es el 20 de Mayo de 1820.

En ese día murió, en la Plaza de Ronda, el famoso torero Curro Guillén, á consecuencia de una terrible cornada que le infirió un toro de Cabrera.

Hé aquí como nos describe los pormenores de tan fatal suceso el notable escritor y competentísimo aficionado Sr. D. José Sánchez de Neira:

«Llamábase aquel infortunado Francisco Herrera Rodríguez, hijo de Francisco

Herrera Guillén (Curro), matador de toros; nieto de Francisco Herrera, que también lo fué antes que Pedro Romero; y su madre, Patrocínio Rodríguez, hija de Juan Miquel, que era tío del maestro Costillares; fué hermana de Cosme y de José María, banderilleros de cierto nombre en aquella época.

Por los cuatro costados, como dicen vulgarmente, le venía la sangre torera, que unida á una figura agradable, talla regular, fisonomía simpática y un garbo especialísimo, hicieron de aquel hombre, nacido en Utrera el 13 de Octubre de 1775, el torero de más prestigio, después de Jerónimo José Cándido, que por entonces bajaba ya la pendiente de su gloriosa vida activa, impulsado por los años. Con estos antecedentes, fácil es calcular la tremenda pena que entre la torería y los aficionados á nuestro gran espectáculo, causaría la noticia de tal desgracia.

«Sonó el clarín, y redoblaron los timbales.

Abriéronse las puertas interiores de la Plaza, al mismo tiempo que los muchos

espectadores, á una voz y con repetidos aplausos exclamaron ¡Viva España! y presentóse en el redondel la cuadrilla de toreros, que con aire resuelto y cierta prosopopeya, marchó á saludar al Presidente de la función. Iba delante el gallardo y arrogante Curro Guillén, vestido lujosamente con rico traje de seda, color de rosa, bordado con pasamanería de otros colores, y faja y pañoleta verde gay, siguiéndole, por orden de categoría, los demás toreros tanto de á pié como de á caballo, pregonero, mulas, zagales y perreros, con sus mulas y canes correspondientes.

Fué leído el pregón entre coros de silbidos; retiráronse los auxiliares que estorbaban y dió principio la lidia.

A nada conduce detallar sus primeros incidentes.

Los toros eran escogidos de la renombrada ganadería de D. José Rafael Cabrera; Juan León llevaba traje verde con galones de plata; Juan Jimenez encarnado y negro; *Muselina*, que figuraba entre los banderilleros, café y negro; y de menos lujo, el resto de los que componían la cua-

drilla. El Curro hizo verdaderos prodigios de valor, serenidad, consiguiendo aplausos hasta de sus contrarios.

Capitaneaba al mayor grupo de éstos el aficionado intransigente llamado *Manfredi*, quien con voces descompasadas, que resonaron en todo el ámbito de la Plaza, criticó el modo de hacer quites y de torear que el maestro empleaba con aquel toro, primero de la corrida, retinto por cierto, que llevó á la muerte todas sus potentes facultades. Acostumbrado Curro á recibir aplausos y no censuras, miró con enojado semblante al imprudente vocinglero quien extremando sus frases, excitó al torero á recibir al toro, apostándole que á ello no se atrevería. Tomó el buey, que ya tenía siete años, y era de mal trapío y cobardón, tres varas de paso que le pusieron Zapata, Miguez y Doblado, y cuatro pares de banderillas comunes, mitad del Fraile de Santa Lucia (1) y otra mitad de Manuel Arjona (a) Costura (2). Tocaron á matar, tomó los

(1) Fué muerto en Madrid á mano airada, en la calle de Relatores, en 1829.

(2) Padre del famoso Cúchares.

tratos Curro, saludó á la Presidencia, se encaró con Manfredi, á quien dirigió una mirada despreciativa, y fuese al toro, Dióle un pase natural, y quedó el bicho mirando á las tablas de la derecha del toril, cerca del cual se hallaba; repitió otro pase con la mano derecha, y consiguió cuadrarle. Aprovechando el momento, Curro lió la muleta, y en aquel supremo instante, oyó, como todos los espectadores, la campanuda voz de Manfredi, que dijo:

—¿Y es usted el rey de los toreros?

Citó al toro parándose de pronto Curro Guillén, que estaba á mayor distancia de la que el arte aconseja; vino aquél andando, y el torero, que debió preferir darle otro pase, y luego esperó; más con tan mala fortuna, que atendió solo á herir, y no dió salida á la res con la muleta. En cambio de una estocada corta y contraria, fué enganchado por el muslo derecho, volteado y arrojado contra las tablas, y entonces se vió el mayor y mas sublime acto de negación que puede concebirse. Veloz como el viento, se interpuso Juan León entre la fiera y el maestro gritando: «á mí»

ladrón», pero ya era tarde. En su viaje, y enganchado Leoncillo en el asta derecha, á la que se agarró encunándose voluntariamente, acometió el toro al infortunado Curro Guillén, que aún no había podido salir del sitio en que cayó, y clavándole en el costado derecho el cuerno izquierdo, hasta más de su mitad, dió el animal cara á los medics de la Plaza, llevando colgado un hombre en cada asta. Derrotó fuertemente á los pocos pasos, y arrojó su carga sobre la arena, marchándose de huída; los dos hombres se levantaron: Leoncillo ileso, el Curro mortalmente herido, tanto, que al llegar por su pié á la barrera, cayó en brazos del contratista de caballos Francisco Caamaño, y del banderillero Muselina, para no respirar más.

El espanto y la consternación que se apoderaron del público en general, fueron terribles. Muchas personas, casi la totalidad de las que á la fiesta concurren gozosas, abandonaron aquel edificio tristes, con lágrimas en los ojos y pena en el corazón. Algunos gritaron y apostrofaron á Manfredi, pocos le defendieron, y rodea-

do por unos pocos amigos, salió también de la Plaza confuso, avergonzado y tal vez arrepentido de su inícuo proceder.

Cuando Muselina le vió salir, se acercó al criado que llevaba los estoques del maestro y los capotes de faena, y le dijo con acento iracundo: «Oye, déjalo todo: necesito saber dónde para ese hombre; síguele, y no vuelvas á verme hasta que lo sepas con certeza.» Marchó el mozo tras de Manfredi, siguió la corrida friamente y con la natural desanimación, y el arte del toreo perdió en aquel día el más reputado y diestro de los adalides de su época.»

*
*
*

Tal es el fidedigno relato en que se detallan las consecuencias que tan lamentable suceso ocasionó entre los toreros, aficionados y otras personas de aquella ciudad. Pudo haber ofuscación en la inteligencia del torero, para apreciar las condiciones en que tanto él como la fiera, se encontraban en el preciso momento de herirse; pero ¿qué serenidad de ánimo cabe en un hombre que, hallándose ejecutando una suerte como su conciencia le dicta, se siente insu'tado y

herido en su dignidad y amor propio? ¿Es, por ventura, cosa de poca monta, la vida del que, despreciándola por complacer al público, siente en su pecho el enojo que en toda persona honrada producen los groseros epítetos y las diatribas indecentes?

Unicamente los cobardes y gente de mala entraña, son los que silban y escarnecen á los toreros en los momentos críticos de mayor exposición; y algunos que, sin darse cuenta de lo que hacen, imitan la conducta del intolerante Manfredi, aprendan en la experiencia que pueden producir daños irreparables, como el de la muerte del famoso Curro Guillén.»





Antonio Romero

Fué el menor de los hijos de Juan Romero, Natural de Honda como toda su parentela. En 1789 le dió la alternativa en Sevilla su hermano Pedro, alternativa que fué siempre respetada por todos los espadas de su tiempo, pues las plazas de Real Maestranza estaban por cima de todas las de España incluso la de Madrid con ser la córte; privilegios que jamás osó ninguna otra población quererles usurpar en aquellos tiempos gloriosos del toreo, como sucede hoy con los que rindiendo culto á las ideas centralizadoras, pretenden abrogarse de una autoridad que nadie les ha concedido.

Antonio Romero figuró como matador en las corridas reales que se celebraron en Madrid cuando la jura de Carlos IV.

Trabajó en las principales plazas de España y en todas las de Andalucía. Muy querido de los públicos, era apreciado su trabajo, siendo considerado como un gran lidiador y consumado espada.

El 5 de Mayo de 1802, al citar á recibir el toro *Ollero*, de la ganadería del marqués de Tous, fué cojido por el muslo izquierdo, causándole tan terrible herida, que murió de resultas de ella.

Tan desgraciado suceso ocurrió en la plaza de Real Maestranza de Granada.

Manuel Parra

Natural de Sevilla donde había nacido en 1797. Ingresó en 1816 en la cuadrilla de José Antonio Badén; figuró después en la del célebre maestro *Curro Guillén*, con el que estuvo algunos años, con gran aprovechamiento por su parte.

Posteriormente pasó á la cuadrilla del

espada Francisco González Panchón, con el que trabajó en casi todas las plazas de la Península en calidad de segundo espada, hasta 1820 en que su maestro le dió la alternativa de matador de toros.

En 26 de Octubre de 1829, al pasar de muleta al último toro que le tocaba matar, fué cojido por el muslo izquierdo y volteado, causándole una grave herida, de la que murió antes de un mes.

José de los Santos

De este matador de segundo orden son muy escasos los datos biográficos que poseemos. Sólo hemos podido averiguar que alternó, desde 1823 al 36, con los más célebres espadas de su tiempo, entre éstos Juan León, Montes, Lucas Blanco y otros. Murió en Valencia en 1841, á consecuencia de una herida que se causó con la espada al pasar un toro de muleta en la plaza de la referida ciudad.



Francisco González, *Panchón*

Este célebre lidiador vió por vez primera la luz en Córdoba, en 1784. En 1796 y cuando aún no había cumplido los 12 años, lo llevó á su lado Pedro Romero, por recomendación del célebre caballero cordobés y notable aficionado Vizconde de Sancho-Miranda. Fué banderillero de José Romero hasta 1802, en que este espada se retiró del toreo, á causa de la muerte de su hermano Antonio, ocurrida el mismo año.

El espada sevillano Inclán le dió en Córdoba la alternativa de matador de toros y en calidad de tal trabajó por primera vez en Madrid el 29 de Mayo de 1829 con Antonio Ruiz, *el Sombrerero*, alternando después con los mejores espadas de su época, siendo muy aplaudido su trabajo.

La tarde del 14 de Julio de 1828, y estando matando el tercer toro en la plaza de Madrid, fué embrocado de frente; pero valido de sus hercúleas fuerzas apretó con ambas manos el testúz de la fiera que al

dar ésta el derrote se vió libre del alcance de las astas con un tan magnífico quiebro, que causó el asombro del público tanta destreza y valor, valiéndole además que el rey Fernando VII, que presenciaba la corrida, le concediese una pensión vitalicia de cien ducados y el nombramiento de Administrador de sales. Después fué conductor de correos, hasta 1836 en que lo dejaron cesante, por lo que se vió en la necesidad de volver á trabajar en su honrosa profesión.

Con escasas facultades, á causa de los años, pero sin desmentir su antiguo brío, se presentó de nuevo en los circoes, trabajando con general aceptación de los públicos. En 28 de Agosto de 1842 en la plaza de Hinojosa donde toreaba, sufrió una terrible cojida, de la que falleció seis meses después en su ciudad natal, el 8 de Marzo de 1843.



Isidro Santiago, *Barragán*

El torero de este nombre nació en Madrid el 23 de Febrero de 1811. Figuró por espacio de muchos años en varias cuadrillas como peón de los más célebres espadas de su época, no obstante lo cual adelantó muy poco.

Después de llevar diez ó doce años de banderillero, sus amigos de la corte lo decidieron á que tomara la alternativa, en su afán de sacar un espada madrileño; pero estas esperanzas de sus paisanos fueron defraudadas, pues el desgraciado Santiago carecía de lo que puede llamarse *sangre torera*, siendo además de carácter apático.

En 1849 tomó la alternativa. Como espada tenía una excelente cualidad; celoso en las operaciones arriesgadas era cuidadoso con los picadores, y su muleta no carecía de importancia, pero le faltaba decisión en el momento de arrancarse á matar. Apesar de estas circunstancias alternó como espada con los más distinguidos

diestros de su tiempo, entre ellos Montes, Guillén, Redondo y otros.

Después de haber recorrido las principales plazas de España como matador de toros, descendió en categoría y concluyó por trabajar en novilladas. En una de estas corridas fué donde este infortunado lidiador encontró la muerte, el 4 de Abril de 1851, de resultas de una cornada recibida en un muslo.

Roque Miranda, *Rigores*

Nació en Madrid en 1799. Fué banderillero del célebre espada Jerónimo José Cándido, por los años de 1815 á 17.

Fué el discípulo más predilecto de Cándido, con el que se esforzaba por inculcarle sus infinitos conocimientos y consumada maestría.

El año 1822, al marchar á Cádiz miles de milicianos nacionales á defender las instituciones liberales de la injusta agresión que realizaron los cien mil franceses, encontrábase Miranda en la plaza de Sevilla presenciando una corrida, y al notar el

público su estancia en el circo pidió unánime que bajara éste al ruedo. Se resistió Miranda, alegando que vestía el honroso uniforme de miliciano nacional, y no quería ponerlo en evidencia. Esta excusa sirvió para que el liberal público sevillano redoblara su petición; la autoridad presidencial rogó al espada accediera, como así lo hizo éste.

Despojose Roque Miranda de la casaca y morrión, saltó la barrera y clavó dos pares de banderillas en un minuto; requirió espada y muleta, y con sólo dos naturales arregló al toro, despachándolo de una superior estocada arrancando. Antes que el público se apercibiera ya había desaparecido el valiente diestro.

A causa de sus ideas liberales fué muy perseguido por sus contrarios, teniendo necesidad en más de una ocasión de ocultarse ó apelar á la fuga para conservar la vida.

Muchos capítulos necesitaríamos para detallar con la extensión que se merece la biografía de éste célebre lidiador; esto nos lo reservamos para el tomo segundo de nuestros *Apuntes Históricos acerca de la Fies-*

ta de toros, (en prensa), pues en éstas *Neurologías* no es lugar oportuno.

Progresando con bastante rapidéz continuó Roque Miranda en el ejercicio de su honrosa profesión hasta últimos de 1828, que fué la época de su apogeo.

Perseguido por sus contrarios en ideas, se vió obligado á retirarse de los circos, de los que estuvo alejado algún tiempo.

Privado de la agilidad necesaria para el toreo á causa de los años, puso en juego en 1841 poderosas influencias para conseguir contrata en la plaza de Madrid.

En la primavera del 42 fué ajustado para algunas corridas.

En la tarde del 6 de de Junio del referido año, «estando colocado para *arrancar* á un toro de Veragua,—dice el Sr. Sánchez de Neira,—le insultaron con una bocina desde un palco, y Miranda que tenía mucho valor y vergüenza, se tiró tan *cerrado* y sin salida, que sufrió una cornada en un muslo que le imposibilitó volver á trabajar, y de resultas de la cual falleció á los ocho meses, el 14 de Febrero de 1843.»

Trasladamos los pormenores de tan des-

graciado suceso á los que niegan hayan ocurrido hechos tan vituperables en el Circo taurino madrileño, centro de la inteligencia, de la imparcialidad y de la *benevolencia*.

Manuel Jiménez, *el Cano*

Este lidiador fué en 1845 banderillero del célebre José Redondo, teniendo por compañeros á los tan renombrados Capita, Galleguito, Jordán, Muñiz y otros. Trabajó en sus primeros tiempos con Cúchares y Redondo, al lado de cuyos famosos maestros adquirió grandes conocimientos en su difícil arte.

Mató algunos toros de gracia como sobresaliente en distintas plazas, viéndosele seguir la escuela de su maestro el Chicalero, intentando siempre que podía la suerte de *recibir*. Su fama fué en aumento de día en día, siendo contratatado por la empresa de Madrid como tercer espada, para matar alternando en la temporada del 52 con Cúchares y su maestro.

Llegó por desgracia para Jiménez y para el arte del toreo del que era una esperanza, la tarde del 12 de Julio del referido año de 1852.

El Chiclanero y el Cano debían matar cada uno tres toros y dos el sobresaliente. Jiménez despachó á su primero de un gran *volapié*. Los infinitos aplausos que le prodigaron lo entusiasmaron y quiso hacer más con el otro toro...

Salió el quinto, de Veragua y de nombre *Pavito*...

Llega al último tercio en regulares condiciones, y después de *trasteado* con inteligencia, y estando el espada armándose para darle muerte, se cerró demasiado para la estocada *recibiendo*, siendo enganchado por el muslo izquierdo y arrojado al suelo.

En medio de este desgraciado azar—dice el único periódico taurino que se publicaba en aquella época—manifestó un valor extraordinario, agarrándose á las manos de la fiera, la que lo hubiera destrozado completamente, si el Chiclanero no se le hubiese colgado de la cola, logrando así apartarla y distraerla.»

Retirado á la enfermería, y de allí al Hospital general, sala distinguida de toberos, se atendió con sumo cuidado á su curación, que no se desesperó de obtener en un principio; pero á consecuencia de haberse roto él mismo los vendajes en un momento de delirio, falleció en la calle del León, número 23, cuarto segundo, á donde le trasladaron á su instancia, siendo enterrado en la sepultura número 34, galería segunda izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés, de Madrid, el día 24 de Julio de 1852, con gran acompañamiento de aficionados y toberos.

Joaquín Gil, *el Huevatero*

El 26 de Octubre de 1862, se lidiaron en Zaragoza reses de Piñero ganadero lusitano...

Saltó á la arena *Gallardo*, toro bravo y bien armado; hizo una regular pelea y mató tres caballos. El Huevatero se fué al toro sereno y valiente. El bicho llegó al úl-

timo tercio defendiéndose y cortando el terreno. Lo muletea con desconfianza y con cierta precipitación en su deseo de deshacerse de él lo más pronto posible. Sin ostar el toro igualado se le arrancó al volapié con una estocada magnífica, quedándose con el toro, pero no habiéndole dado la salida precisa con la muleta fué alcanzado y volteado por tres veces consecutivas, resultando con varias heridas en distintas partes del cuerpo, todas mortales de necesidad, falleciendo á las 18 horas.

Su muerte fué muy sentida en Zaragoza donde contaba con generales simpatías.

José Rodriguez, *Pepete*

En el barrio de la Merced, cuna de tantos toreros, nació el día 11 de Diciembre de 1824, José Rodriguez y Rodriguez, *Pepete*, siendo sus padres José Rodriguez, tratante en ganados, y María del Rosarie Rodriguez.

En los primeros años de su vida y obe-

deciendo los deseos del padre, dedicóse al tráfico de éste, por más que sus aficiones fueran hacerse torero.

Asistió como todo principiante á tientas, herraderos y capeas de los pueblos cercanos al de su nacimiento.

Más tarde y dedicado resueltamente al arte de torear fué un buen banderillero que cuarteaba bien, paraba y clavaba en regla, aunque no medía con exactitud los tiempos.

Como banderillero trabajó con aceptación en las cuadrillas de su paisano Antonio Luque el *Camará*, Redondo y *Cúchares*, hasta el año de 1850 en que le dió la alternativa en la plaza de Sevilla, Juan Lucas Blanco.

En 1847 mató alternando con el *Camará* y en este mismo año y siguientes, hasta antes de tomar la suprema investidura, alternó con otros espadas.

Trabajó por vez primera en Madrid, el año de 1852, y volvió luego en 1853 y 1856.

Recorrió en aquellos años y sucesivos las más importantes plazas de provincias alcanzando triunfos más por su temerario valor que por su inteligencia, y en 1862,

por su desgracia, fué contratado por la empresa de Madrid.

En la primera corrida de la temporada, que se celebró el día 20 de Abril, el segundo toro de la tarde llamado *Jocinero*, beirrendo en negro, duro y de recargue, de don Antonio Miura, á cuyo nombre corriánsé por vez primera en dicha plaza, se paró en los tercios frente al tendido número 14; salió á la suerte el picador Antonio Calderón, y al poner la vara cayó al suelo con el caballo.

Advertido *Pepete* por los espectadores del tendido número 1, con quienes hablaba, del peligro en que se encontraba Calderón, salió con el capote al brazo en dirección al miureño, pero éste le vió y dejando al picador y al caballo caídos en tierra, cortando terreno, avanzó rápidamente, alcanzando á *Pepete*, y éste que no supo ó no pudo cambiarse, encontróse con él de frente, siendo enganchado con el cuerno derecho por la cadera derecha, volteado, sin caer al suelo, sobre la cuna, á que procuró agarrarse, trasladado al cuerno izquierdo, que le hirió en la tetilla del mismo lado, y

resbalando en una costilla penetró por bajo de ella, causándole una gran cornada que le destrozó el corazón, arrojándole después al suelo.

Levantóse con trabajo; se llevó la mano á la frente y luego al costado; anduvo seis ú ocho pasos, viniendo á caer, casi muerto, debajo de la presidencia, arrojando sangre por la boca é hiriéndose á la caída en la frente con el estribo de la barrera.

Recogido por su banderillero *Caniquí* y conducido á la enfermería, se le administró la Extremaunción, falleciendo á las cinco y diez minutos de la tarde; cinco después de la cogida.

Su muerte causó honda impresión en toda España; las Córtes se ocuparon de la supresión de las corridas de toros, y en la prensa se sostuvieron polémicas sobre el mismo asunto.

Es lo que siempre ocurre cuando hay que lamentar una de estas desgracias; los detractores de las corridas de toros, aprovechan la oportunidad para redoblar sus ataques, abogando por la supresión, más sin conseguirlo nunca; el espectáculo tau-

rino está tan arraigado en nuestras costumbres que su desaparición es tan imposible como el aniquilamiento de la nacionalidad española. Mientras haya un español que conserve un álito de vida susistirán la una y la otra.

Pepete tenía cuando dejó de existir 37 años, 4 meses y 11 días

Al día siguiente de su desastrosa muerte fué conducido el cadáver desde el Hospital general, donde se hallaba depositado, al Cementerio de las parroquias de San Luis y San Ginés.

Sacaron el cadáver en hombros, para colocarlo en el coche fúnebre, los picadores Antonio Calderón, Bruno Araña, Mariano Cortés y Antonio Osuna, yendo al lado Antonio Arce. Presidió el duelo Cayetano Sanz, llevando á su derecha á Angel López (*Rigatino*), y á la izquierda á Gonzalo Mora; siguiéndoles cuantos espadas, picadores y banderilleros se hallaban en Madrid, todos á pié y detrás del carro mortuorio; llevaron las cintas los banderilleros Domingo Vázquez, Juan Yust, Francisco Rodríguez (*Caniqui*), Pablo He-

rráiz, Francisco Torres y Benito Garrido. Cerraban la comitiva muchos aficionados, entre los que se trasladó forzosamente á un coche al matador Antonio Luque (*el Cúcharres Cordobés*), primo hermano del difunto, que se afectó profundamente al presenciar tanta demostración de simpatía por su primo Rodríguez.

¡Lástima de hombre! Un descuido le costó la vida, pero la perdió noblemente; á costa de la suya salvó la de su compañero.

Pepete fué un torero que suplía su escasa inteligencia con su sobrada voluntad, grandes deseos de complacer, sus muchas facultades y un arrojo temerario.

Como complemento de los apuntes biográficos y necrológicos del lidiador que nos ocupa, insertamos seguidamente un soneto que publicó el «Boletín de loterías y toros» á los pocos días de ocurrir la trágica muerte del bravo espada cordobés. Hélo aquí.

A LA MUERTE DE JOSÉ RODRIGUEZ (PEPETE)

ALEGORÍA

Pepe-Ilo murió; cabe su fosa
gigantesco laurel brotó altanero
unas hojas robóle el Chiclanero,
de otras Montes ciñó la sien gloriosa.

No por eso su pompa magestuosa
perdió el laurel y con amor sincero,
dulce arrimo prestaba al Sombrerero;
á Yust y á Juan León paz deleitosa.

Un día quiso Dios en su profundo
inescrutable juicio, que la fama
no dejase á Pepe-Ilo sin segundo.

Llamó á José Rodriguez, y hoy le aclama
en su sepulcro con dolor el mundo;
que del árbol aquel cubre una rama.

M. RUIZ JIMENEZ.



José Ponce

Nació en Cádiz en 1831 y bautizado en la parroquia del Rosario. En su juventud aprendió el oficio de carpintero de ribera, ó sea el de calafate. Siempre tuvo gran afición al toreo, ensayando sus facultades, en capeas y novilladas; después fué banderillero en diferentes cuadrillas. Mató novillos y toros indistintamente. En la plaza de Madrid alternó por primera vez con Julián Casas (*el Salamanquino*) el 3 de Agosto de 1856.

Desde dicha fecha trabajó como espada en las principales plazas de España y muy particularmente en las de Andalucía, en las que tuvo más aceptación su trabajo y fué con más justicia apreciado.

Contrajo matrimonio con una hermana del célebre banderillero Cuco, marchando después á trabajar á México, Cuba y Chile. Los peruanos, que tanto lo habían aplaudido en 1871, dispusieron una función de toros á beneficio de la Compañía de Bomberos de aquella capital; Ponce se ofreció á

trabajar con su cuadrilla gratuitamente, teniendo la desgracia de ser cojido al matar uno de los toros, recibiendo tan gravísima herida que le ocasionó la muerte el 14 de Julio de 1872.

Esta desgracia fué muy sentida, y aquel pueblo supo demostrarle muy cumplidamente el afecto que le profesaba.

La Compañía de Bomberos trasladó el cadáver con toda solemnidad á la iglesia de Santo Domingo, costeó todos los gastos de funerales y enterramiento, y al colocarle en el nicho, el señor don Agustín de Ezpeleta pronunció un sentido discurso en loor del finado.

Joaquín Sanz (*Punteret*)

Joaquín Sanz (*Punteret*), así apodado porque durante algún tiempo ejerció de cachetero, nació en Játiva el año 1856.

Desde muy joven se dedicó á torrear reses bravas por los pueblos inmediatos á Valencia, y pronto adquirió un nombre entre sus compañeros de profesión, lo que dió lugar á que se le buscara con interés

por las empresas de segundo y tercer orden.

Como banderillero formó en la cuadrilla del espada Angel Pastor, siendo bastante aplaudido por los públicos, no solo en la arriesgada suerte de parear, sino también como peón de brega; y al abandonar à este matador, se dedicó á estoquear en cuantas plazas lo contrataban, haciéndolo á veces con diestros de gran cartel.

El aplaudido Luis Mazzantini le concedió la alternativa en Sevilla el dia 2 de Enero de 1886.

Para la temporada de 1887 á 88, fué contratado por la Empresa de Montevideo para trabajar, alternando con Juan Jiménez (*el Ecijano*), en la plaza de toros de la Unión, donde se captó grandes simpatías; pero la suerte le fué adversa y murió desastrosamente, lejos de su patria y de su familia, el 28 de Febrero, á consecuencia de una herida que le causó el tercer toro de la corrida celebrada el 26 del citado mes y año.

Un testigo presencial relata la terrible cogida del modo siguiente:

«Pasó á banderillas *Cocinero* (de la ga-

nadería de D. Felipe Víctora), tan entero como había salido, y para aplomarlo, Ecijano y Hierro, tomaron una capa cada cual por una de las puntas, y empezaron á pasarlo citándolo muy en corto. Dos veces hizo el toro por el trapo ciegamente, pero á la tercera, en vez de acudir al engaño, miró los bultos, y eligiendo al Ecijano, le dió un acosón tal, que por poco lo estrena.

Aquel toréo de capa muy aplaudido por el público, fué aguijón para el amor propio de Punteret, quien deseoso de recoger algunas palmas de la cosecha, decidió poner banderillas sentado. Le arrebató á Pepete el par con que ya alegraba al toro, pidió una silla con cuyo respaldar se descalabró al cojerla, y la colocó tan malamente, que se puso dentro de la jurisdicción del toro, es decir, dentro del rádio en que el animal enjendra la carrera y no da por consiguiente tiempo á hacer el cambio.

Para todos los entendidos en la manera como se producen las suertes, era evidente que Punteret sería cogido en cuanto el toro hiciese por él. Podría del accidente resultar un hocicazo ó un varetazo sin con-

secuencias, pero era indiscutible que el animal arrollaría al hombre. Y más claro se presentó el caso previsto, cuando el toro no remató la carrera enjendrada de primera intención, sino que al ver que el blanco de su ataque se removía, se quedó, y ajustándolo entonces muy de cerca, dió la embestida antes de que el diestro pudiese hacer uso de las piernas, que para mayor lucimiento de la suerte y demostración de serenidad, había cruzado.

No hubo más que ver. El torero quedó tendido á lo largo como cuerpo muerto, y el toro hubo de hacerle pedazos allí mismo, pues se revolvió con furia para recargar, solo que como la silla sobresalía más del suelo que el torero caído, con el mueble la emprendió, dejando al hombre, y enseguida los peones lo alejaron con los capotes, dando tiempo á que otros compañeros levantasen al herido.»

Cuarenta horas se llevó sufriendo el simpático diestro, demostrando un valor sereno.

Expiró agarrando con una mano la de su amigo Peña, con quien vivía, y otra de

Antonio Rodero, su predilecto amigo, teniendo apoyadas sobre sus rodillas las manos del Panadero, el que más trabajó con él de los que fueron en la cuadrilla, y lanzó el último suspiro sin más estertor ni alteración ninguna de voz ni de semblante.

El entierro se verificó al siguiente día.

Su muerte fué una gran desgracia y una pérdida bastante sensible para el Arte de la Tauromaquia.

c. Manuel Fuentes (*Bocanegra*)

Nació en Córdoba el día 21 de Marzo de 1860³⁹, siendo el mayor de los hijos de Manuel, más conocido por el apodo de *Canuto*. Desde muy pequeño demostró gran afición á la lidia de reses bravas, aprendiendo al lado del maestro de casi todos los toreros cordobeses de aquel tiempo, Antonio Luque (*el Camará*). Formó parte de la cuadrilla de su paisano el infortunado Pepete, en la que hizo pareja al notabilísimo banderillero Francisco Rodríguez (*aniquí*). En 1860 ingresó en la cuadrilla de Manuel Do-

mínguez, y con él trabajó como sobresaliente en varias corridas.

En 1862, continuando Boca al lado de Domínguez, ocurrió la muerte de Pepete, el ídolo entonces de los cordobeses, y el entusiasmo que en estos habían despertado los progresos de Boca y la falta de un matador cordobés por muerte de Pepete, fué causa que Manuel Fuentes se decidiera á tomar la alternativa, concediéndosela Domínguez en la plaza del Puerto de Santa María, el día ~~8 de Septiembre~~ de 1862.⁽¹⁾

Bocanegra fué considerado por todos los aficionados como legítimo heredero y continuador de las glorias de Pepete. Los sevillanos recibieron admirablemente á un hombre que, sobre ser bravo en extremo, era además apadrinado por Domínguez. En cambio en Madrid no le dispensaron la acogida que Bocanegra merecía. Los madrileños, ó mejor dicho, cierto número de aficionados de la *Villa del Oso*, siempre y en todos tiempos se han distinguido por sus parcialidades sobre determinados diestros, que aunque reconocidos por España entera como consumados lidiadores, no tu-

(1) = 31 de Agosto

vieron la fortuna de hacérseles simpáticos. Ejemplos hay en los Anales taurinos, y algunos escritos en caracteres rojos.

Más, justo es que manifestemos con la franqueza que nos caracteriza, que la verdadera afición taurina de la corte, siempre noble, imparcial y mantenedora del *toreo verdad*, es agena á estas *camarillas* y la primera en protestar de sus impertinencias.

Pero basta de digresiones, y continuemos nuestro trabajo.

*
*
*

Bocanegra, en sus primeros años de matador de toros, fué un jóven fuerte, de grandes facultades, bravo hasta la temeridad; faltábale, sin embargo, esa serenidad que constituye la base y seguridad de la escuela del toreo de que procedía, de movimientos pausados, como deben ser los del espada, pero faltos de rapidez en las ocasiones que lo exigía la índole de la rés.

Esta falta de seguridad, su temerario arrojo y la escasez de vista, fué causa del sinnúmero de cojidas que tuvo, muchas de ellas de gravedad; más nunca fué esto causa de que su valor se entibiara en lo más

mínimo, ni aún en sus últimos años; su excesivo pundonor y valentía extremada, se sobreponían á todo.

A imitación de su maestro Domínguez, Bocanegra recibía toros, y á esto debió su mayor fama y prestigio.

Con el capote y la muleta no sobresalió gran cosa; en banderillas agradó mucho, por su modo de parear sério y de castigo.

* * *

Llegó el 20 de Junio de 1889, fecha memorable para la tauromaquia. Trabajaría Bocanegra en Ubeda, y por el mal estado de la plaza fué suspendida la corrida.

En el pueblo de Baeza (Jaén), se celebraba en el mismo día una corrida de novillos, y allí se trasladó Bocanegra con su sobrino el Melo, en calidad de espectador.

Estaban encargados de la lidia una cuadrilla de jóvenes llamados «Niños de Málaga,» cuyo espíritu se apocó ante el ganado grande y pasado de años. Hubo de sustituirse por becerros erales, pero alguno de los primitivos quedó, perteneciente á don Agustín Hernández, que al presentarse en el ruedo sembró el pánico entre los adoles-

centes diestros. En esta situación y ante las manifestaciones del público. Bocanegra y su sobrino el Melo, después de conferenciar con la autoridad, bajaron al redondel á continuar la corrida, á fin de evitar un conflicto.

El bicho, que en un principio había evitado pelea, arremetió á un picador, al que propinó un tumbo. Bocanegra, con mucha oportunidad entró al quite, pero perseguido por el toro, que se le revolvió furioso, trató de refugiarse en el burladero enclavado frente á la puerta de toriles, no lográndolo del todo, por estar este lleno de gente. El toro le envistió furioso sacándolo fuera del burladero y arrojándolo al suelo, siguiendo su viaje de huída. Bocanegra se levantó y llevándose las manos á la frente, cayó desvanecido en brazos de su sobrino Rafael Ramos (*el Melo*), ingresando en la enfermería.

La herida que recibió tenía treinta y seis centímetros de extensión y ocho de profundidad situada un dedo por encima de la sínfisis del púbis, hasta la cadera derecha.

En la enfermería de la plaza se habilitó

una cama, donde se les prestaron los primeros auxilios; hasta que al día siguiente, á las tres de la tarde, falleció rodeado de sus amigos, víctima de una agudísima peritonitis taumática con destrozos intestinales.

Así murió diestro tan valiente.

Bocanegra fué el primero de los espadas que en 4 de Septiembre de 1874 inauguraron la nueva plaza de toros de Madrid, y el tercero de los que tomaron parte en las funciones reales celebradas en la Córte en los días 25 y 26 de Enero de 1878 con motivo del casamiento del Rey don Alfonso XII con doña Mercedes de Orleans, y la última vez que pisó la plaza de Madrid, fué sustituyendo á Frascuelo, en la corrida de Beneficencia que se verificó el día 16 de Junio de 1889.



Véase los números 783 y 784, de "El Torero"
de Madrid, año 1889 y "Sol y Sombra", año 1911,
n.º 815.

Agustín Pereda

Era un espada de segundo orden, con facultades, que estuvo al lado de Manuel Domínguez algún tiempo. No adelantó gran cosa; y el día 5 de Junio de 1870 tuvo la desgracia de que un toro llamado *Girón*, de la ganadería de D. Fernando Gutiérrez, vecino de Benavente, al ser preparado para la muerte por Pereda, infirió á éste una terrible cornada bajo la tetilla izquierda, de que falleció á los cinco días. Se estrenó en Sevilla el 30 de Mayo de 1861.

Manuel García (*Espartero*)

La biografía de éste infortunado matador de toros, estensos detalles de su cojida y muerte, y todos los homenajes tributados entonces y en los aniversarios de su muerte, forma el tomo primero de ésta **Biblioteca Taurina**.



Juan Gómez de Lesaca

Hijo de buena familia, abandonó los gozes que proporciona una decente posición por dedicarse al toreo. Tomó los trastos de matar, llevó revolcones y cornadas y el valor no se amenguó. Sin que pueda decirse fué un gran matador de toros, su nombre figurará entre los más aventajados de su época.

Nació en la hermosa Sevilla, el día de San Juan Bautista, 24 de Junio de 1867, é hijo del Coronel del Ejército D. Tomás Gómez de Lesaca y de doña Dolores García.

Muy joven aún, contrajo matrimonio en Jaén con una bellísima y honrada jóven hija de un antiguo escribano de actuaciones y perteneciente á una de las principales familias de la expresada población. Las aficiones taurómacas de Lesaca se iniciaron al torear en becerradas organizadas por jóvenes de la buena sociedad sevillana. Amigo de toreros y aficionados, toreaba en capeas y novilladas, hasta que aumentada su afi-

ción por el éxito que obtenía en estos ensayos, y estimulado por sus amigos, se decidió á abrazar de lleno el oficio de lidiador.

El 8 de Septiembre de 1838 se anunció en Granada como matador, al lado de Lagartijillo.

La fama del joven Gómez de Lesaca se extendió por toda las provincias de España. Sufrió varias cojidas, pero nunca se amenguó su valor, pudiendo justificar que su alternativa, que tomó en Madrid el 2 de Junio de 1895, ni fué prematura, ni dada sin razón.

La mala estrella de Lesaca lo llevó á Madrid, en ocasión en que Lagartijillo, imposibilitado para torear en Guadalajara el 15 de Octubre de 1896, para donde había sido contratado para matar con Bombita seis toros de Ripamilán, fué designado para reemplazar á su compañero, herido por el primer toro de la corrida verificada en Granada el domingo anterior.

*
* *

La corrida empezó sin incidente alguno. Se lidió el primer toro, matándolo Bombita con lucimiento.

La cojida

El segundo toro que se llamaba *Cachurro* y era retinto, albardao, buen mozo y bien puesto, salió con muchos piés y tomó una vara del Calesero, al que volcó dentro del callejón.

Al quite acudió con oportunidad y valentía Lesaca.

Al salir de este quite, Lesaca se llevó al toro hácia los tableros con el capote, y viendo que el animal le ganaba terreno quiso saltar la valla.

A esto no le dió tiempo la ligereza del animal, que enganchándole por el pernil derecho de la taleguilla le corneó con codicia, engatillándole por el muslo y dándole, al parecer, una gran cornada.

Varios capotes que acudieron al sitio del peligro se llevaron al toro, y el herido, que arrojaba gran cantidad de saugre, fué conducido á la enfermería.

No dejó de imponer al público el percance, que desde luego se apreció como grave; pero no dándole la importancia que tenía, la corrida continuó, dando muerte Bombita á los cinco toros siguientes con

gran valentía á, pesar del triste estado de ánimo en que le ponian las tristes nuevas que circulaban por la plaza respecto al estado del herido.

En la enfermería

Al entrar Lesaca en ella, un profundo colapso alarmó al doctor Franco, que ya le esperaba allí, y antes de reconocer la herida tuvo que recurrir á restablecer la circulación, gravemente comprometida.

Una vez logrado esto, se procedió al reconocimiento de la lesión, resultando que esta consistía en una herida transversal en la región posterior del muslo derecho, de 15 centímetros de extensión y cinco de profundidad.

Como el mayor peligro era la gran emorragia que desde el primer momento se había presentado, se procedió á taponar el orificio, temiéndose sin embargo que el cuerno hubiera roto la femoral.

El colapso en esto se repitió, no sin que antes hubiera manifestado el herido su deseo de que se le condujera á Madrid, donde contaba con más seguros medios de cura-

ción y más comodidades que allí no podrían proporcionarle.

Asintiendo á este deseo su apoderado y los individuos de la cuadrilla, que terminada la corrida se habían apresurado á correr al lado del herido, se dispuso su traslación á Madrid.

La conducción

En una camilla de la Cruz Roja habilitada convenientemente con el mayor esmero y sin separarse de su lado el médico, fué llevado á la estación.

En ella le reconocieron nuevamente los facultativos de la estación Sres. Verdejo y Flores, y una vez colocado en uno de los coches del tren mixto, el segundo de los doctores se prestó voluntariamente á acompañarle hasta la corte.

Numerosas personas acudieron al andén á informarse del estado del herido, y al ponerse el tren en marcha quedaron allí en profunda y tristísima emoción, pues las noticias que se facilitaban al público eran por extremo desconsoladoras.

En el camino

En el mismo coche del herido iba Bombita, que no quiso apartarse un momento de Lesaca.

Cuando éste volvió en sí de un nuevo acceso de que se sintió atacado al subir al carruaje, Emilio Torres le preguntó cómo se encontraba.

—Mal, muy mal--le contestó el herido estrechándole la mano.—Temo no llegar á Madrid.

Bombita, con los ojos llenos de lágrimas, quiso tranquilizarle; pero de nuevo perdió el herido el conocimiento.

En Madrid

La noticia que telegráficamente se había comunicado, cundiendo por los círculos de aficionados y amigos del desgraciado diestro, hacia que ya en la estación le esperaran muchos de éstos.

El tren llegó sin retraso á la hora debida; esto es, poco antes de las diez y media, y con gran esmero se condujo al herido á su residencia habitual, al hotel Cas-

tilla, situado en la calle de Carretas, número 4.

A ella se le pudo subir no sin grandes trabajos, pues no solo su estado se hacía más grave, sino que los colapsos se repetían con frecuencia y cada vez era más difícil hacerle volver de ellos.

Sopesado por sus compañeros pudo apenas llegar al lecho, ante el cual le esperaba el acreditado médico D. Manuel Castillo, su íntimo amigo, y facultativo que le había salvado la vida en la peligrosa cojida sufrida en Madrid hace unos cuantos años.

Pero esta vez los cuidados de la ciencia eran por desdicha inútiles. Antes de que el doctor comenzara á practicar la cura, el herido dobló la cabeza entre su hombro, y unos segundos después Juan Gómez de Lesaca había dejado de existir.

El entierro del infortunado diestro sevillano se verificó al día siguiente.

La presidencia del duelo la compusieron los señores siguientes:

El hermano del finado, sus íntimos amigos Castillo, Varela y Uriarte, y los matadores Mazzantini, Reverte y Bombita.

Conducción del cadáver á hombros: los picadores Albañil, Artillero, Cigarrón, Inglés, Chano y Moreno, y los banderilleros Velasco, Moyano, Cucharero, Bonifa, Pulguita (de Madrid y de Triana), Ostioncito y Cayetanito.

Julio Aparici (*Fabrilo*)

Con los datos biográficos y detalles de la cojida y muerte del inolvidable diestro valenciano, con cuyo nombre encabezamos estos *Apuntes*, damos por terminada la **Necrología** de los espadas. Fabrilo hace el 19 de los matadores muertos por la furia de los toros.

No pretendemos asegurar que esta cifra sea la verdadera y por tanto que hayamos dejado de consignar los nombres de algunos otros espadas muertos por consecuencia de cojidas. En todos los documentos consultados no hemos hallado ni un rayo de luz que pueda guiarnos en nuestras investigaciones. Más, si así fuera; si la **Necrología** de matadores alcanzara á mayor número, dispuestos estamos á encabezar con los que falten,

el tomo III de esta BIBLIOTECA, antes de ocuparnos de los Banderilleros y Picadores muertos en los Circos, con el fin de que éstos **Apuntes Necrológico-biográficos** no resulten incompletos.

El desgraciado Fabrilo ha sido el último, hasta esta fecha, de los espadas que en el ejercicio de su honrosa profesión hallaron la muerte.

Si honra y gloria es para el militar morir en el campo de batalla, honra y gloria debe ser para el lidiador que sucumbe en el terreno de sus triunfos, en el campo de sus hazañas; y doblemente lo es, si como el infortunado torero valenciano su muerte es motivada por exceso en el cumplimiento de sus deberes y de su vergüenza torera!

El militar, como el torero, prefiere perder mil vidas que tuviera, á aparecer como falto de valor ante el peligro.

Vencer ó morir! Este es su lema.

*
*
*

JULIO APARICI (FABRILLO), nació en la Ciudad del Cid, en la hermosa Valencia, en la tierra de las flores, el 1.º de Noviembre de 1867, hijo de unos honrados indus-

triales, poseedores de un molino, á cuyas duras faenas dedicáronle los autores de sus días, cuando tuvo la edad necesaria para ello; pero los impulsos del joven le marcaban bien distinto rumbo, despertándose en él la afición á la lidia de reses bravas, lo cual demostró más tarde cuando se decidió á hacer escursiones á los pueblos, tomando parte en capeas y novilladas.

Vencidas las asperezas anejas al aprendizaje, Fabrilo fué de los pocos diestros que consiguen por rigurosa escala sus ascensos. Empezó lidiando becerros, luego mató novillos, terminando por derribar torazos. Ejerció de novillero formal desde 1887, toreando todas las temporadas muchas corridas y conquistando en ellas grandes éxitos.

El 14 de Octubre del 88 tomó la alternativa de manos del Gordito en la plaza de Valencia. En la temporada de invierno del mismo año marchó á la Habana con el Gallo, donde toreó buen número de corridas, y donde aprendió mucho al lado del notable torero sevillano.

Vuelto á la Península, recorrió todas las plazas de triunfo en triunfo, alternando con todos los espadas de su época.

La perniciosa costumbre de pedir cierta parte de público que banderilleen los espadas, y conocida además la complasencia y afabilidad de Julio, fué causa de que el

pundonoroso diestro valenciano fuera cojido y muerto por el toro *Lengüeto*, al ejecutar precisamente una suerte que no es de estricta obligación de los espadas; y cuando éstos se resisten á complacer á los públicos deben comprender los que entiendan algo de toros que poderosas razones tienen para ello, pues no todas las reses reúnen las condiciones precisas y llegan al segundo tercio en estado para que un espada pueda lucirse en banderillas, pues para hacer lo rutinario y cumplir su cometido están sus banderilleros, que para eso pagan.

La fecha de la cojida de Fabrilo coincidió con otra no menos deplorable para el arte del toreo y para la afición: con la del fallecimiento del valiente Espartero.

El 27 de Mayo del 94 en la plaza de Madrid, un toro de Miura llamado *Perdigón*, privó de la vida á aquel torero sevillano, y el 27 de Mayo del 97, el toro *Lengüeto*, de la ganadería de Cámara, infirió tremenda cornada al espada valenciano.

La cojida de Fabrilo

Se lidiaba en el Circo valenciano el toro quinto de la corrida del 27 de Mayo de 1897 de nombre *Lengüeto* y de la ganadería de Cámara. Al tocar á banderillas, el público insistentemente pidió que banderilleasen los espadas. Resístense éstos, pero al fin se

vieron obligados á acceder. Sale con palos Julio, cita casi frente á la puerta de arrastre y entra en corto después de alegrar la res, mete los brazos al cuarteo por la izquierda; y al salir de la suerte le corta el toro el viaje y le empitona, le suspende y le derriba. Paco Aparici mete el capote oportunamente, mas sin poder evitar la desgracia; Julio había sido alcanzado y empitonado por la res, que lo derribó al suelo. Se levanta Fabrilo mostrando la taleguilla rota por la ingle, dirigiéndose por su pié á la puerta de arrastre, desde donde es conducido á la enfermería por su hermano Paco y otro peón.

Terminada la cura, fué trasladado en una camilla á su domicilio. Todos los recursos de la ciencia y los cuidados de la familia fueron inútiles. La herida de Fabrilo era mortal de necesidad y no habia poder humano que pudiera evitar un fatal desenlace. El 30 de Mayo á las cuatro de la tarde, dejaba de existir en su domicilio y rodeado el lecho de su familia y amigos, el desventurado diestro valenciano.

El entierro de Fabrilo estuvo concurridísimo. Tanto en el acompañamiento como en las calles de la carrera, se vió un gentío inmenso, que tributó el último homenaje al torero valenciano.

La triste comitiva la presidió D. Manuel

García, apoderado del malogrado Julio; el hermano de éste, y varios distinguidos amigos suyos.

Las coronas depositadas fueron 34.

En el nicho donde reposa el cadáver de Fabrilo hay una lápida negra con esta sola inscripción: JULIO

La cualidad que más distinguió á Julio, como torero, fué su excesiva valentía.

¡Dios haya acogido en su seno el alma del diestro valenciano!



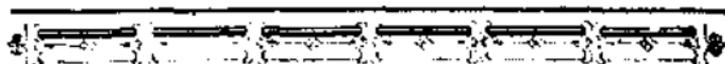
LAS EXIGENCIAS DEL PÚBLICO

ANTE EL CADÁVER DE FABRILLO

Por querer ser indulgente
ante un público ignorante,
buscó la muerte anhelante,
que le era ya indiferente;
pero ese público ahora
que vé perdido al torero,
arrepentido y sincero,
lágrimas de pesar llora.
¿Que porqué? Porque ha perdido
á un buen amigo, á un hermano,
á un honrado valenciano
en España muy querido;

á un corazón generoso
para el pobre despreciado,
á un hijo bueno y honrado,
de carácter bondadoso;
pero aunque la muerte el hilo
ha cortado á su existencia,
la afición, en penitencia,
votos hará por Fabrilo.

A. BALSALOBRE (*El Canguelo*).



IMPORTANTE

En el tomo III de esta BIBLIOTECA continuaremos los APUNTES NECROLÓGICO-BIOGRÁFICOS de todos los banderilleros y picadores muertos á consecuencia de cojidas (1771 á 1897).

Advertimos á los Sres. Corresponsales que reciben los tomos de esta BIBLIOTECA para su venta en comision que no remitiremos ejemplares á más plazo que 30 DIAS, á partir de la fecha de los envíos.

Los tomos sueltos, que se nos encarguen para ser remitidos por correo, vendrán acompañados los pedidos al importe de los mismos, y

además 25 céntimos para el certificado, pues no respondemos de los extravíos en correos.

De cinco tomos en adelante será de nuestra cuenta el certificado.

Para pedidos, á la Administración de la BIBLIOTECA, Gondomar, 1 duplicado, ó á nombre del Director, D. Isidro Gómez Quintana, Leones 9. Córdoba.



Las asiduas ocupaciones del Director de esta BIBLIOTECA han sido causa del retraso que ha sufrido el tomo segundo.

El mucho esmero que necesitan esta clase de trabajos, unido á los infinitos documentos que hay que tener á la vista para que sirvan de consulta, nos imposibilita, como ofrecimos, dar un tomo cada mes.

Sin embargo, procuraremos que la publicación de los sucesivos sufra el menor retraso.

El tomo tercero llevará un magnífico retrato del infortunado diestro Julio Aparici (Fabrilo).

Se necesitan Corresponsales en toda España.



EL NOTICIERO TAURINO

DIRECTOR: K. Ch. T.

Periódico semanal.—Publica retratos y fotografías y una completa información postal y telegráfica.—Trimestre, 2 ptas. en toda España.

Administración: Leones, 9 CORDOBA.

